

VIDAL-NAQUET, Pierre, *El mundo de Homero*, trad. Daniel Zadunaisky, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Este libro, publicado en Francia apenas en 2000, aparece en español en una colección de historia y no de literatura, lo cual, aunque llama la atención, bien puede explicarse por el hecho de que, en efecto, Pierre Vidal-Naquet es un connotado historiador y profesor ahora emérito de la Sorbona, quien, junto con el filólogo también reputado Jean Pierre Vernant, ha publicado varios libros, entre los que destacan: *Mito y tragedia en la Grecia antigua* (Paris, 1981; Taurus, 1986), *Economía y sociedad en la Grecia antigua* (Paidós, 1986), *Antropología de la Grecia antigua* (Paris, 1990), *El cazador negro: formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego* (Península, 1983).

La intención del autor, como lo señala en su prólogo, es compartir con el lector moderno ciertos episodios “situándolos, desde luego, en su contexto tanto en el espacio como en el tiempo”, con la esperanza de que “los lectores de su libro sientan deseos de sumergirse en el texto íntegro, sea en la traducción o, mejor aún, en el original”.

Cabría preguntarnos: ¿por qué Homero sigue siendo motivo de interés en el siglo XXI y seguimos hablando de la *Ilíada* y de la *Odisea*?

Vidal-Naquet evidencia la belleza de estas obras y nos lleva de la mano a asomarnos a ellas. No las aborda desde un punto de vista exclusivamente literario, sino también antropológico, lo cual determina la estructuración del libro en nueve capítulos, que podemos sintetizar de la siguiente forma:

PALABRAS CLAVE: griegos, ilíada, historia, homero, mundo, odisea.

RECEPCIÓN: 16 de abril de 2002.

ACEPTACIÓN: 22 de abril de 2002.

- I. Pequeña historia de dos poemas, donde el autor nos lleva por un recorrido a través de los siglos, informándonos cómo surgieron la *Ilíada* y la *Odisea*, cuándo se compusieron, cuándo se escribieron y cómo llegaron hasta nuestros días.
- II. La historia y la geografía. Trata sobre la realidad de la guerra de Troya y la posible reconstrucción del periplo de Odiseo.
- III. Griegos y troyanos. La división entre el mundo “occidental” de los aqueos y el “oriental” de los teucros. ¿De qué lado estaba Homero? Un poema de vencedores.
- IV. La guerra, la muerte y la paz. La *Ilíada*, como poema de guerra con sus muertes heroicas; como poema de vida y de aventuras de retorno con muertes indignas. A veces una gracia irónica sobre la muerte.
- V. Ciudad de dioses y ciudad de hombres. El paralelismo entre la esfera divina y la humana no puede ser total. Oposición entre la ciudad y el οἶκος como gran posesión territorial de los jefes. Relaciones conflictivas entre dioses y hombres.
- VI. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Casandra, Andrómaca y Helena en el “club de hombres” de la ciudad griega. Las iniciaciones de los jóvenes, los episodios de guerra. La nodriza Euriclea, la joven Nausícaa. El anciano Néstor recuerda su iniciación.
- VII. El rey, el mendigo y el artesano. La estratificación horizontal de los poemas homéricos. Los héroes son los reyes y los nobles. Tersites, el soldado raso que se atreve a hablar. Las posesiones. Odiseo, rey y mendigo. Los oficios poco nombrados pero siempre presentes.
- VIII. Poesía. Homero, “dios plural”. Las imágenes, el soliloquio de Héctor y su *agón*. La *Ilíada* como el principio. La *Odisea* imitación irónica. El manejo del tiempo. ¿Acaso la comedia y el drama satírico derivan de la *Odisea*?
- IX. Los problemas homéricos. Opiniones de destacados estudiosos. La tradición oral. Los epítetos y fórmulas. La memoria de millares de versos. Otros poetas anteriores y posteriores a Homero. Algunas obras herederas de la *Ilíada* y la *Odisea*.

El mundo homérico es un mundo poético. Nada más normal y legítimo que el hecho de que lo aborden historiadores, sociólogos y filólogos, aunque en ocasiones excede sus posibilidades. Así, se sabe que

desde la antigüedad los geógrafos se empeñan en vano por cartografiar con precisión los viajes de Ulises. Por consiguiente, hay que volver a la poesía.

Un poeta francés muerto en 1988, René Char, dijo: “Homero, dios plural, laboró sin enmiendas ni raspaduras para mostrarnos, río arriba y río abajo, íntegramente el país de los hombres y los dioses”.

“Dios plural”. Así como decimos “Dios Padre”, decimos *el padre Homero*. Char sabe que no hay un Homero singular y que, en todo caso, el poeta de la *Ilíada* no es el de la *Odisea*.

¡Qué bueno encontrar en este libro la afirmación anterior! Y no es que sea nueva, pero es que, como nos informa Vidal-Naquet, desde que F. A. Wolf en 1795 en sus *Prolegómenos a Homero*, situaba la *Odisea* a continuación de la *Ilíada*, la fama común que ha corrido, incluso en los libros de texto de nivel medio superior, es que alguien llamado Homero compuso las dos obras (pp. 95 y 108).

Tratar de deshacer esa información para dar otra es difícil, como bien sabemos los que platicamos de estos problemas, y decimos problemas porque la cuestión se llama así, “el problema homérico”, y en torno a él han corrido ríos de tinta, a tal punto que a veces algunos eruditos logran un verdadero galimatías en lugar de un acercamiento a Homero.

Es muy distinto el caso de este libro, que en verdad invita a leer las obras homéricas, como es la intención del autor.

Claro que la *Odisea* es posterior a la *Ilíada*, pero también es claro que hubo muchos poetas, y eso debe quedarnos en la mente cuando leamos estas obras en sus versiones actuales, las cuales proceden de los manuscritos bizantinos del siglo x, según nos informa Vidal-Naquet; manuscritos que a su vez fueron fijados por la imprenta en 1448 en Florencia (pp. 14 y 16), para volver a recuperar su fuerza de poesía modélica, prototípica que había tenido en la antigüedad, cuando era el libro de texto por excelencia en la escuela grecolatina.

En esos primeros tiempos de la imprenta, los copistas que reproducían los manuscritos griegos lo hacían manualmente, y entre ellos se distinguió el copista cretense Ángel Vegecio, quien trabajaba para Francisco I de Francia a principios del siglo xvi (1515), y lo hacía tan bien que de ahí surgió la frase “escribir como los ángeles” (p. 18); es decir, como Ángel Vegecio, dice Pierre Vidal-Naquet, no como los habitantes celestes.

Vidal-Naquet menciona la influencia de Homero en autores como Dictis de Creta, con sus *Efemérides de la guerra de Troya*; Dares el Frigio y su *Historia de la destrucción de Troya*, así como la *Etiopíada*, que de una forma u otra son zagas de las obras homéricas que han llegado a nosotros, y de aquellas otras de las que hay noticias, pero no conocemos, y que surgieron entre el 800 y el 500 a.n.e. Dice él: “conocemos los títulos de seis epopeyas... la más importante es... (los) *Cantares chipriotas*, que relata la guerra de Troya desde sus orígenes, es decir, desde el juicio de Paris... hasta la entrega a Aquiles de la cautiva Briseida”... También nos ha llegado el texto de Quinto de Esmirna, una continuación de Homero (pp. 112 y 113), pero ésta es posterior.

Con los datos anteriores hemos querido mostrar que el libro tiene información importante en torno al origen e historia de los textos; pero no pensemos que por la riqueza que podemos encontrar de datos poco conocidos, curiosos y eruditos, estamos frente a una obra cansada, sino todo lo contrario. En realidad, esos datos están tejidos con información general pero interesante, y abren una visión al mundo de los poemas y al mundo griego en general, porque *Iliada* y *Odisea* le dan pie, por ejemplo, al hablarnos de Tersites, el único soldado raso que conocemos por su nombre, para decirnos que la *Etiopíada* narrará posteriormente la muerte de Tersites, “derribado de un solo puñetazo por Aquiles” (p. 84). O para preguntar: “¿Es necesario agregar que entre los dioses (griegos) las injurias homéricas son de rigor?”, y contestar que Afrodita, la diosa del amor, es una “importuna mosca” (XXI); Calipso se queja de que “las pobres diosas no tienen derecho a amar a un mortal”. Como el autor es un poeta, no un teólogo, no responde a ortodoxia alguna, por eso Vidal-Naquet nos recuerda que los dioses se disfrazan, se ponen trampas entre ellos, se reclaman con ira; por ejemplo, Hera seduce con engaños a Zeus y lo lleva a hacer el amor para distraerlo de la guerra; cuando Zeus despierta se enfurece contra Hera, “que lo había engatusado al recordarle... los tiempos en que se ocultaban de sus padres para entregarse a los placeres” (pp. 55 y 56); o cuando Poseidón quiere poner a Zeus en su lugar y le dice que el mar es de él, el cielo de Zeus, pero la tierra y el Olimpo son comunes, así que él no arreglará su vida al capricho de Zeus.

Entre los dioses y los hombres también existe el amor. En la *Odisea* Ulises tiene amores con Circe y Calipso, la cual le ofrece la inmortalidad. Y esto, que podría sorprender al auditorio, no ocurre porque Homero, a decir de Vidal-Naquet:

no es un teólogo, sino un aedo. Su intención es seducir a los oyentes. A veces, sobre todo cuando se trata de los dioses, lo hace con humor, consciente de que su público lo toma por lo que es, un narrador... El poeta homérico no responde a ortodoxia alguna. Puede bromear con los dioses y, a decir verdad, no se priva de hacerlo (pp. 54-55),

pues en el canto XXI llama a Afrodita “importuna mosca”. En *El mundo de Homero* también hay información muy interesante sobre las circunstancias históricas, sociales y religiosas que subyacen en la *Ilíada*. Su autor nos muestra los contrastes de Troya, configurada como una ciudad, y el campamento aqueo, con sus tiendas de campaña donde moran los sitiadores con sus concubinas; nos ofrece los momentos de tensión que ahí se viven, cuando los soldados, cansados del asedio ya por nueve años a las murallas de Troya, quieren regresar, en especial cuando Aquiles se retira del combate, tensión que se manifiesta en el enfrentamiento entre el rey Agamenón y el soldado Tersites, a quien Homero presenta “chillón como un cuervo” y nos lo describe como el hombre más feo y más deforme entre los aqueos; bizco y cojo de un pie; jorobado, cabeza puntiaguda y con escasa cabellera.

En el aspecto religioso, los dioses, que tienen en la *Ilíada* un papel fundamental, nos son presentados como seres humanos, con pasiones, errores y aciertos. Atenea, Hera y Poseidón combaten con los aqueos, mientras Apolo, Ares y Afrodita son partidarios firmes de los troyanos. Dos diosas tienen hijos entre los héroes combatientes. Afrodita es la madre de Eneas, engendrado con Anquises, un primo de Príamo; por otra parte, la diosa está en deuda con Paris-Alejandro por haberle éste entregado la manzana que la declaraba más bella que Atenea y Hera. La diosa Tetis es la madre de Aquiles a partir de Peleo. Zeus es el padre de Sarpedón, rey de los licios, quien combate con los troyanos. Y además de tomar partido, los dioses intervienen físicamente. Afrodita y Ares son heridos por Diomedes, hijo de Tideo.

En el canto III, los adversarios tratan de zanjar su conflicto mediante un duelo entre los adalides, Paris, el raptor de Helena y Menelao, el esposo agraviado.

Afrodita sustrae a Paris del abrazo mortal de Menelao y lo conduce, a plena luz del día, al lecho de Helena, lo cual es una falta: el amor se hace de noche, la guerra de día (p. 43).

En el canto IV, Atenea y Hera consiguen que se reanude la guerra cuando sugieren al arquero Pándaro que dispare arteralmente una flecha contra Menelao.

Vidal-Naquet recorre los pasajes tradicionalmente conocidos de las obras, como los anteriores, para que el lector continúe a su vez la tradición. Agrega, además, otros menos conocidos que sirven para alertar al lector y mostrarle una lectura profunda, por ejemplo, al advertirnos sobre ciertos objetos: el casco del cretense Menones (*Il.*, X), elaborado con piel de jabalí que tenía los blancos dientes del animal bien ajustados. Tales cascos eran anteriores a la época de la composición de los poemas. ¿Se había guardado la memoria por la tradición oral? Es una hipótesis, pero no la única. Otro ejemplo (p. 85) del canto VI de la *Ilíada*:

Héctor ofrece a Áyax una espada y recibe a cambio un tahalí. Los poetas trágicos darán un giro siniestro a este trueque. Áyax se suicidará con la espada de Héctor; éste será arrastrado por Aquiles alrededor de Troya mediante el tahalí de aquél. Es un canje entre enemigos.

Todos los que hayan leído la *Ilíada* y la *Odisea* se habrán preguntado si los relatos que ofrecen son históricos, esto es, reales, y si alguna vez existió Troya, o si Ulises realmente hizo un viaje como el que se describe en la *Odisea*. Vidal-Naquet nos ilustra plenamente sobre la existencia de Troya y claramente nos avisa que la geografía descrita en los viajes de Ulises no es real. Pero, y esto es lo más interesante, nos adentra en la trama de las obras haciéndonos ver, como de carne y hueso, a los aqueos (dánaos o argivos), comandados por Agamenón y su campeón Aquiles, y a los troyanos encabezados por Héctor. Y lo primero que nos sorprende es que no son tan diferentes; Homero no se refiere a los troyanos como bárbaros, entendiendo por este término, como bien dice Vidal-Naquet, a todos lo que no hablan griego y, por tanto, tienen diferentes costumbres.

El mundo de Homero nos ofrece a unos contrincantes que se entienden en la misma lengua, tienen los mismos dioses y las mismas costumbres, pues ambos pueblos, por ejemplo, son monógamos.

El autor nos acerca a diferentes momentos de la guerra: unos crueles o dolorosos, pero también a otros en los que los enemigos tienen entre sí actos de cortesía, como cuando Diomedes y Glauco, en el canto VI, dan a conocer sus genealogías y se descubren huéspedes hereditarios uno del otro, e intercambian sus armaduras; lo mismo que Héctor y Áyax (*Il.*, VI).

En sus páginas podemos recrear el conflicto entre Agamenón y Aquiles, surgido porque éste tiene que entregar a Briseida, su concubina, debido a que Agamenón tuvo que devolver a la suya a su padre, sacerdote de Apolo, a fin de evitar la peste enviada por el dios, y que tenía diezmado al ejército aqueo. Recordemos que la *Ilíada* inicia con los versos:

Canta, oh Musa, la cólera del pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes.

Vidal-Naquet nos introduce a la belleza de la obra homérica, a la humanidad de sus personajes, a los contrastes de la guerra, con sus actos crueles, pero también con sus rasgos de piedad, como cuando Príamo suplica a Aquiles la devolución del cadáver de Héctor, con cuyos funerales termina la *Ilíada*.

Entre los temas que se abordan en este libro, está la diferencia de concepción que de la muerte tienen aqueos y troyanos. Los primeros:

saben que están consagrados a la muerte. Es el caso de Aquiles, quien ha debido elegir entre una vida larga y oscura, o breve y heroica. Por el contrario, se advierte entre los troyanos una conciencia aguda de que la desgracia será colectiva, que Troya está condenada a la desaparición, que de alguna manera ha incorporado la muerte.

Héctor sabe que va a morir, como lo revela en el célebre parlamento con su esposa Andrómaca, en el canto VI.

La perfidia de Atenea arrastra a Héctor a un frente fatal con Aquiles cuando la diosa toma la forma de Deífobo, hermano de Héctor, y le propone que ambos aguarden a pie firme para combatir con Aquiles. Luego desaparece.

De todos estos enfrentamientos y encuentros de los hombres con los dioses, el más sorprendente es la batalla implacable que el río Esc-

mandro, harto de cargar con las víctimas del hijo de Peleo, libra contra Aquiles, en el canto XXI de la *Iliada*. El río trata de ahogar al héroe, quien se salva por la intervención del dios del fuego, Hefesto.

Homero se vale de las instituciones humanas que él conoce para presentarnos las instituciones divinas. Así, representa entre los aqueos la Asamblea de todos los combatientes, convocada por Agamenón, y el Consejo que congrega una elite de guerreros entre los de mayor edad. En Troya, el Consejo de Ancianos rodeaba a Príamo, y recae sobre Héctor la tarea de reunir la Asamblea General de los guerreros. Las dos instituciones existen en el universo de los dioses. El comienzo del canto XX ofrece una ilustración de ello.

En el rubro que podemos denominar sociológico, Vidal-Naquet nos habla del papel de las mujeres en la antigüedad, y destaca luego las figuras de Andrómaca y Helena. Nos dice:

La ciudad griega era un "club de hombres", del cual estaban excluidas las mujeres. En la democrática Atenas, evidentemente, no tenían el derecho de votar (p. 67).

Las espartanas, por su parte, eran educadas igual que los hombres, aunque no iban a la guerra. Las mujeres no abundan en la *Iliada*, si bien la guerra fue desatada por el rapto de Helena y sus tesoros, y para ponerle fin bastaría que los troyanos los devolvieran. Entre los troyanos, Hécuba es la anciana reina que en vano suplica a Héctor que no enfrente a Aquiles, que se refugie detrás de las murallas (*Il.*, XXII). Entre la multitud de troyanas, Andrómaca es la única, aparte de Hécuba, a quien Homero identifica como esposa y madre y quien pierde a su padre y a sus siete hermanos, todos muertos por Aquiles.

Helena, causante indirecta de la guerra, en el canto III, durante la tregua que precede al duelo entre Paris y Menelao, aparece convocada por Iris, mensajera de Zeus, en la muralla donde se reúne el Consejo de Ancianos presidido por Príamo. Helena se ha cubierto con un largo velo blanco e impresiona a los ancianos.

Príamo pide a Helena que identifique, por orden jerárquico, a los jefes aqueos que se divisan desde lo alto de las murallas: Agamenón; Ulises, que por ser menudo es comparado con un robusto carnero; Áyax, hijo de Telamón, un gigante; Idomeneo el cretense. Sin embargo, omite a Menelao, el marido burlado.

Por su parte, en la *Odisea* se presenta el mundo femenino como algo desdoblado, acogedor y peligroso a la vez, en una oposición entre el bien el mal.

Las Sirenas son cantantes destructivas. Escila y Caribdis, monstruos femeninos, destruyen o devoran a quienes se acercan. En un país fabuloso, Ulises y sus camaradas son recibidos por una joven que recoge agua en la fuente, hija del rey de los lestrigones, pescadores caníbales. En contraposición, están las figuras femeninas que tendieron una mano amiga a Ulises: Ino-Leucotea, mortal convertida en diosa que, en la tempestad descrita en el canto V, echa sobre Ulises el velo mágico que le permite desembarcar en Feacia; y Nausícaa, que, al lavar la ropa blanca, descubre a Ulises desnudo.

Por otra parte, Penélope, la mujer fiel de Ulises, es contrapuesta desde el inicio del poema con Clitemnestra, la esposa maldita de Agamenón, quien lo asesina con la ayuda de su amante, Egisto. Agamenón, en el Hades, relata a Ulises, que no conocía el desenlace, cómo fue muerto, contraponiendo esta muerte abyecta con la muerte en combate, la única digna de un guerrero como él lo fue: “lo han matado como se mata a un buey en su pesebre”.

El estilo de Vidal-Naquet es tan fluido que no nos percatamos de la cantidad de información que nos va dejando la lectura. Parecería que salta de un punto a otro sin mayor enlace y que la obra homérica le sirve para llevarnos a la Atenas clásica, al mundo romano, a los siglos x, xvii, xviii, hasta nuestros días; su última información es de la primavera de 1999 en Kosovo (p. 110). Pero, como buen conocedor de Homero, sabe manejar los contenidos, y baste un ejemplo de las pp. 57-60, cuando, al hablar sobre los dioses y los hombres, menciona tres ideas esenciales extraídas de un pasaje de la *Iliada* (XV): echar suertes para asignar funciones; el dominio común, y las jerarquías. Estas tres ideas se presentan en el mundo divino, y acaso también en el humano, lo cual demuestra con datos de la *Iliada* y de la historia posterior; después con la *Odisea*. De ahí regresa al mundo de los dioses (*Il.*, XX) y cierra el círculo de su exposición con la junta de ellos convocada por Zeus, exactamente después de la asamblea de los guerreros.

De tal modo, el autor hace un recorrido por el mundo de las instituciones sociopolíticas, tocando cuatro o cinco rapsodias diferentes

dividiéndolas entre dioses y hombres y organizándolas en dos círculos o construcciones anulares unidas en espiral.

Este libro, *El mundo de Homero*, está llamado a ser un referente necesario para la lectura de la *Ilíada* y la *Odisea* por dos razones fundamentales:

Ofrece una información completa y actualizada sobre los contenidos señalados en sus capítulos. Es, sin duda, una introducción clara que hará más comprensible, significativa y profunda la lectura de la obra homérica.

Por otra parte, está escrito de manera amena, y despierta el interés por conocer a Homero directamente. En tal sentido sirve al lector en general, pero muy especialmente a los maestros y alumnos de literatura, de historia y de cultura.

Y volviendo al planteamiento que hicimos al principio, ¿por qué nos interesa Homero en los albores del siglo XXI? Nos dice Vidal-Naquet:

Lo que nos fascina de la *Ilíada* es que se trata de un principio. Probablemente hubo poetas épicos anteriores a Homero. Pero no los conocemos ni los conoceremos jamás. Las arenas de Egipto nos entregan poco a poco las comedias de Menandro, autor del siglo IV. Tal vez con el tiempo nos entreguen una tragedia completa de Eurípides. Jamás nos entregarán una epopeya anterior a la *Ilíada*. ¿Y una posterior? No es imposible...

Luego continúa:

Porque si la *Ilíada* es el libro de los principios, la *Odisea* es el debut de la literatura misma, con todo lo que ella supone de imitación... (p. 102).

Para el autor de *El mundo de Homero*, la tragedia ática deriva de la *Ilíada*; y son tributarios de la *Odisea* el relato de aventuras, ese que llamamos novelesco, la comedia y el drama satírico, en el cual se escenificaba en la naturaleza salvaje a los personajes de la epopeya dialogando con un coro de sátiros, figuras mitad humanas, mitad animales, conducidos por Sileno, un ser entre hombre y caballo. Naquet nos dice:

Y se puede seguir el rastro del poema a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento, la novelesca isabelina, la novela francesa y la picaresca

española. El Quijote de Cervantes sería inconcebible si no hubiera existido, en un tiempo remoto, el relator irónico de la *Odisea*. He aquí por qué todo amante de los libros se embarca un día en la lectura de Homero (pp. 105-106),

y por qué, añadiríamos nosotras, Homero fue considerado el educador del pueblo griego a través de los siglos.

Carolina PONCE HERNÁNDEZ
y Lourdes ROJAS ÁLVAREZ

